

El Festival de Lichtville

Oscar A. Ceceña

Image not found.

Capítulo 1

Nota del autor.

-La historia de esta novela se desarrolla en una época parecida, por lo menos tecnológicamente, a lo que fue nuestra edad media. Sin embargo, este periodo es muy amplio y diverge en costumbres y otros muchos detalles de acuerdo al siglo en el que estemos hablando.

Dado que no soy ningún versado en temas de historia, y que sólo pretendo compartirlas una sencilla novela de entretenimiento y no un trabajo académico, no se escandalicen si encuentran de mi parte, dejadas deliberadamente o no, algunas incongruencias históricas.

Como Pilato, me lavo las manos con el burdo pretexto de que mi historia acontece en un universo paralelo... universo en el que las cosas pudieron pasar de manera diferente.

Antes de despedirme, una última cosa: tengan en cuenta que esta obra está en realización, lo cual implica que ciertos detalles de algunos capítulos puedan cambiar, esto a fin de buscar siempre perfeccionar la historia o tapar ciertos hoyos argumentales inesperados que puedan surgir. Si bien espero que dichos cambios no sean extremadamente radicales –véase, que afecten el núcleo principal de la trama del libro entero– es inevitable que cosas así puedan suceder... es la triste desventaja de ir publicando algo que todavía se encuentra incompleto.

Sin mucho más que agregar por ahora, y disculpándome de ante mano por los inconvenientes, me retiro y los dejo al lado de mi imaginación.

Que disfruten del viaje y muchas gracias por leerme.

Atentamente:

Oscar A. Ceceña

"...Niños, la ficción es la verdad que se encuentra dentro de la mentira, y la verdad de esta ficción es muy sencilla: la magia existe."

Stephen King

Prólogo

Un último esfuerzo

La sangre de mi jubón se mezclaba con el agua de la lluvia. Era entrada la noche y las estrellas brillaban en lo alto. Toda la ciudad se encontraba

desierta, dormida. No vi ni escuche a ninguna sola alma en todo el trayecto. Cabalgué en silencio por las calles, tapando al pequeño niño en brazos con mi capa. Se había dormido a pesar de todo pronostico, a pesar de la copiosa lluvia y el olor a sangre de mis ropas.

Me encontraba muy débil y me costaba mantenerme encima del caballo. Me sentía al borde de mis fuerzas, pero tenía que aguantar un poco más, lo suficiente como para dejar a salvo al niño; era imprescindible esconderlo, era imprescindible que jamás lo encontraran. Por un momento se me cruzó matarlo, era lo más sencillo.

Sin embargo me fue imposible hacerlo: asesinar a criminales y a pérfidos era una cosa, pero llevarse la vida de un recién nacido –incluso conociendo su naturaleza– era algo de lo que no era capaz.

Me sentía como si montara en una nube. En ratos me mareaba y perdía un poco la conciencia, por lo que, cuando me encontré al frente del orfanato, no me di cuenta de cuanto tiempo había pasado.

Detuve la montura y bajé, casi cayéndome de boca. Me así a la pared trabajosamente y caminé hasta la entrada. Al llegar, me quité la capa, lo envolví en ella y lo puse justo debajo del pórtico, al resguardo de la lluvia.

–Pronto será de día y estarás a salvo, niño... –le dije. Me sorprendí al escuchar mi propia voz, sonaba bastante ronca y cansada. “Son demasiado viejo. Ya va siendo hora de marcharme”, pensé.

–No se me ocurrió otra cosa que el darte el nombre de mi padre, pequeño. Perteneció a un hombre fuerte. Espero que eso te trasmita algo de su valentía.

Antes de marcharme busqué entre mis pantalones, saqué una pequeña carta y la escondí entre las mantas.

–Suerte... –le dije quedamente por última vez, antes de irme a pos de la muerte.

Capítulo 2

Ragdoll

Cuando Benjamin despertó ya estaba amaneciendo y el sol comenzaba a filtrarse por los cristales de la ventana. Pero tardó en abrir los ojos; siempre le costaba levantarse a pesar de que eran raras las ocasiones en las que no madrugaba.

Uno de los beneficios de trabajar cerca del mar era que podía escuchar las olas a toda hora del día, en cualquier momento que quisiera. Muchas veces se había encontrado así mismo paseando por la playa, sintiendo la arena en sus pies, observando a los diferentes barcos pesqueros y oyendo el arrullador sonido del oleaje. Era uno de sus pasatiempos favoritos.

Con un suspiro de cansancio, apartó con una mano la delgada manta que usaba para taparse, abrió los ojos, se enderezó en su camastro y pasó la mirada por la alcoba. Su habitación era una humilde y chica buhardilla localizada en el último piso del edificio. Ésta tenía dos ventanas: la más pequeña estaba justo al lado de su cama y daba a la bella costa, la otra, del doble que la anterior, era más bien un ventanal y se encontraba casi en medio del alto techo inclinado. El cuarto se encontraba escasamente adornado, sin muchos enseres: un usado escritorio con su silla descansaba al otro lado del dormitorio, repleto de utensilios diversos; a un lado, ocupando casi todo lo que restaba de pared, se hallaba un pesado y viejo armario casi vacío, pues él no poseía mucha ropa, y por último, a unos centímetros de su cama, había una mesilla con un frasquito de tinta, varios papeles, un libro y una lámpara apagada.

Así estuvo un momento, hasta que se animó por fin a levantarse y desperezarse. Con un bostezo caminó hacia su armario para vestirse y asearse. A diferencia de algunas personas que conocía, a Ben le gustaba mantenerse lo menos sucio posible; muchas veces él solía ir temprano a nadar y a enjabonarse cerca de la orilla del mar: esto le refrescaba y le limpiaba el cuerpo. Sin embargo hoy no era uno de esos días; se había despertado demasiado tarde, más de lo habitual, y simplemente optó por quitarse la mugre y el sudor con la ayuda de un trapo y de un cuenco con agua fría.

Luego de lavarse y antes de salir de su cuarto, abrió uno de los cajones donde guardaba su escasa y poco ostentosa indumentaria. Eligió ponerse unos calzones algo desgastados, una tunica holgada con mangas y unas abarcas muy sencillas.

La posada en la que trabaja Benjamin, Ragdoll, se trataba sólo de una

más de muchas otras de la gran ciudad: Lichtville.

Lichtville disputaba ser una de las urbes más grandes conocidas. Era la capital de un reino, un foco de atención del mundo conocido y un importante centro religioso. No obstante, las razones de su éxito y popularidad estaban lejos de lo común.

Por causas que nadie llegaba aún a comprender, por todo lo largo del acantilado crecían curiosos cristales transparentes muy parecidos al cuarzo. Poseían tamaños muy diversos, desde los que median unos cuantos dedos, hasta los que llegaban a alcanzar casi quince varas de largo.

Cuando se miraban por primera vez la imagen de los cristales puesta en contraste con todo lo demás creaba un panorama muy bizarro. Como si una parte muy adentro de ti te dijera al oído "esto no debería de estar aquí". Uno no tenía que ser un gran erudito para razonar que no era normal encontrar ese tamaño de cristal creciendo a sus anchas en la superficie de una roca, ya que lo común era, pensaba él en ocasiones, que se tendría que ir muy pero muy bajo tierra o aventurarse a la exploración de alguna gruta profunda para encontrar algún atisbo de "ese" tipo de cristal precioso. Pero aunque cavaran al mismísimo centro de la tierra, a Benjamin le parecía muy poco probable que encontraran algo como lo que crecía en aquella ciudad: inexplicablemente si mirabas por la orilla del acantilado podías ver como aquellos cristales se alzaban y aumentaban de tamaño por cada metro que se acercaban a las olas del mar. Incluso en la base de este despeñadero se apreciaba como, de forma desafiante, se asomaban las puntas de los más grandes a través de las aguas marítimas.

Muchas veces se trató de comercializarlos, pues a pesar de su inusual lugar de crecimiento eran piedras preciosas que a pesar de todo se podrían usar para fabricar joyería u otro tipo de ornamentos, mas nunca se logró extraerlos, por lo menos no los más grandes: aparte de extraños, eran muy resistentes y ninguna clase de herramienta que probaron pudo hacerles un rasguño siquiera.

Por todo lo anterior, este raro fenómeno natural despertaban la curiosidad de la gente. Para muchas personas esta rareza era más que una curiosidad, era la representación de los mismos dioses y la puerta a mundos sobrenaturales y desconocidos. Su adoración atraía peregrinos y turistas a la zona cada año. Fue verdaderamente esto lo que propicio que Lichtville creciera y se enriqueciera cada vez más con el paso del tiempo.

Dado que todos forasteros buscaban la mejor panorámica a esta maravilla, la mayoría de todos los bares, posadas, albergues y lugares importantes de hospedaje peleaban por un espacio con vista al océano y a estos cristales. Por fortuna, Ragdoll estaba bien posicionado y era uno de

ellos; se erigía en uno de los extremos más alejados del bullicio del centro de la ciudad, muy cerca de la costa. Esta proximidad al mar y al acantilado solía atraer a todo tipo de personas.

Benjamin se encontraba distraído tomando diferentes ordenes y escuchando con aburrimiento los bulliciosos chismorreos de la gente, cuando se percató de que uno de los trabajadores se encontraba encendiendo velas y lámparas de diferentes mesas y candelabros; ya era casi de noche. En esta ocasión sus obligaciones terminaban técnicamente al inicio de la puesta del sol, pero hoy había prometido ayudar a un amigo en la cocina.

Ragdoll daba servicio hasta muy entrada la noche, pues además de bar, ofrecía posada a los viajeros y comerciantes. Este flujo continuo de aventureros y mercaderes variaba de acuerdo a la época del año. Principalmente las fechas en las que se celebraban menos festividades, como en otoño o a mitad de invierno, eran en las que obtenían menos ingresos. Sin embargo siempre se recuperaban en el resto del año, y a pesar de que Ragdoll no era ni por asomo el parador más grande o popular ni el más ostentoso de su clase, cuando se celebraba el principal festival de Lichtville tenían tanta clientela que se veían en la necesidad de abastecer y administrar con bastante antelación sus bodegas de alimentos para poder sobrellevar la temporada.

Benjamin limpió una mesa, recogió los platos sucios de unos clientes que acababan de salir y entró a la cocina para dejarlos. Esta era muy amplia, de techo alto. Una gran cantidad de diversos utensilios y artefactos de varios tamaños inundaba la estancia: inmensos fogones, enormes ollas, coladores, sartenes, casuelas, una amplia gama de cuchillos, paletas para freír, cucharones, numerosos juegos de cubiertos y un sin fin de muchas más cosas usadas en el arte culinario.

Cuando finalmente terminó de ordenar y limpiar, ya hacía un buen rato que se había hecho de noche.

–Cada día que pasa comienza a llegar más gente. –dijo Benjamin con un suspiro, dejándose caer pesadamente en una silla del comedor para servicio. Y mientras se frotaba las manos con un delantal, volteaba distraídamente hacia la puerta doble de la entrada para ver como se abría y se volvía a cerrar tras la salida de una atractiva pinche de cocina.

–También lo he notado. –contestó Amis, desplomándose también enfrente de él.

Amis era uno de los tantos hijos que había logrado engendrar el dueño de la posada y de otros muchos negocios de la ciudad: Lord Hugh, un señor

vasallo del rey. Amis era un tipo de largo pelo color rubio oscuro, ojos azul claro, alto y delgado. Y aunque era un poco enclenque, poseía buenas facciones y muchas lo consideraban particularmente apuesto.

Ambos se quedaron callados por un rato, cenando tranquilamente. Mientras hundía la cuchara en su plato para después llevársela a la boca, Benjamin dirigió una leve mirada disimulada a su amuleto escondido bajo la mesa: una pequeña moneda de cobre que colgada en una delgada esclava. Desconocía de qué era la aleación que sostenía la menuda pieza de metal, pero actualmente ya se encontraba algo desgastada y oxidada. "Mantenla cerca pero oculta. No la dejes a la vista y nunca permitas que nadie la examine atentamente", resonó en su cabeza por enésima vez la voz de aquel anciano. Benjamin había hecho caso a ese consejo, por lo que siempre la había llevado consigo escondida secretamente en su ropa desde que tenía memoria. El aburrimiento hizo que le pasara un dedo durante la comida.

La medalla estaba algo envejecida por los años. Adelante tenía grabado, en trazo sencillo, un misterioso símbolo compuesto de una media luna y una estrella; atrás, se veía impreso lo que parecía un boceto de un conjunto de cristales con curiosas formas hexagonales, y abajo, sosteniendo el cúmulo cristalino, habían dos grandes manos famélicas, casi esqueléticas.

La extraña cara posterior era el escudo de la ciudad de Lichtville, que representaba a los bizarros acantilados de la costa, y estos a su vez, al dios Amahin, deidad a la que estaban especialmente consagrados.

A pesar de que el brazalete era de muy poco valor y no tenía ni la menor idea quien se la había dado, Benjamin la conservaba como un recuerdo, un recuerdo de lo que era y de donde había crecido.

Los grabados de ésta, ya muy bien conocidos por él, hicieron que su mente comenzara a divagar y pensará en el orfanato donde se crió.

Por lo que le habían enseñado en su infancia, y por lo que le había narrado Amis, Axel, el bisabuelo de Hugh, fue acogido a muy temprana edad por un hospicio de las orillas de Lichtville, esto debido a que había quedado huérfano por causa de una fuerte ola de peste que asoló toda la ciudad en aquel entonces.

Por esos tiempos, un poco después de la epidemia, falleció el rey sin dejar ningún hijo legítimo. Esto originó un fuerte conflicto en la familia real por la sucesión de la corona, y como aún nadie había logrado recuperarse de las repercusiones del azote de la enfermedad, existía una gran necesidad militar. Axel, inevitablemente, fue vendido siendo sólo un niño al ejército

del hermano del recién difunto monarca.

Según se cuenta, llegó a ser un muy notable soldado. Pasando toda su juventud de militar, se labró una leyenda a su nombre. Incluso se dijo en más de una vez que era uno, sino el mejor, espadachín del reino. Sus hombres lo comenzaron a llamar "el que no sangra", dado que comentaban que era muy rara la ocasión en la que sufría una verdadera herida en combate.

Curiosamente a pesar de su sobrenombre, sus años de gloria terminaron cuando de milagro le salvó la vida al hermano del rey. Se cuenta que para lograrlo mató a más de cien hombres en una batalla. Muy posiblemente esa cifra sea sólo una de las tantas exageraciones que plagan su mito, pero lo que si es seguro es que fue herido gravemente en el proceso. Axel no murió, pero nunca pudo mover su pierna como antes.

Con el tiempo, el pretendiente al trono que él había servido se convirtió en el nuevo rey, y éste le recompensó nombrándolo Lord y concediéndole una amplia extensión de tierra a su nombre. El rey le ofreció también un puesto a su lado como consejero militar, pero, para su sorpresa, Axel se reuso rotundamente al cargo. Nadie supo a ciencia cierta el porqué de ello, pero incluso se negó después a enseñar a los demás el arte de la espada. Se rumoreaba que a través de los años gran cantidad de muchachos acudieron a su puerta para tratar de aprender de él, pero a todos los rechazó. Cuando los más allegados le preguntaban la razón, éste se limitaba siempre a decir entre dientes: "ya he tenido suficiente de espadas".

En su lugar, uso su recursos para mejorar establecimientos como hospicios o hospitales. Mandó construir un gran orfanato, uno tan grande como para albergar a cientos de niños huérfanos. En él procuraba que siempre se le enseñara a cada niño a contar, a leer y un oficio con el cual mantenerse de mayores. Inclusive acostumbraba emplear a muchos de los huérfanos en sus negocios. Esta práctica, aunque en menor medida, se mantuvo y se hizo costumbre con sus herederos: Benjamin terminó trabajando en Ragdoll por ello.

En su madurez demostró ser tan hábil en los negocios y en el comercio que con la espada. No se limitaba a guardar el oro. Compraba casas, carros, naves, tiendas y negocios. Adquiría cereales cuando estos abundaban, los hacia pan y los vendía cuando menos había; compraba lana, algodón y lino para tejerlos y teñirlos y comerciarlos después. En sus últimos años, terminó siendo un hombre muy rico, y una buena porción de esta riqueza la usaba para mantener y mejorar su enorme orfanato. "No me gustaría que ningún mocoso de esta ciudad sufra los horrores de la guerra de nuevo", se le oyó decir en una ocasión.

–Oye –dijo Amis, rompiendo el silencio y haciendo que Benjamin dejara de pensar en las viejas historias del orfanato–, gracias por la ayuda. Te hice quedarte más tarde por algo que no era asunto tuyo. Te debo un buen trago.

–Te tomaré la palabra, un trago gratis no se desprecia nunca. –le contestó Ben con una leve risa, apartando la mirada de su cena: un cocido de legumbres y verduras, acompañado de un pedazo de pan con queso y un tarro de vino barato–. Además no es nada –agregó–, no tenía mucho que hacer hoy en realidad. Aunque todo esto te sacas por meterte con las sirvientas de tu padre. –Benjamin nunca dejaba de divertirse de aquella historia y siempre se reía cuando se la contaban.

–Ya llevo mucho tiempo aquí por eso y tú siempre me lo recuerdas. –le contestó. Luego, paró un segundo, soltó un resoplido de indignación y dijo: –Resultaron ser unas cotillas de lo peor, la culpa es toda suya. Si hubieran mantenido la boca cerrada, no habría pasado nada.

El padre de Amis se había enterado, por los cada vez más continuos rumores de la servidumbre, de las escapadas románticas de su hijo con las criadas de la hacienda. Por lo que un cierto día mandó llamar a Amis y le declaró con voz severa: “Considero que ya es momento de que dejes de actuar como un púber mal criado y aprendas que un hombre no es sólo meterse debajo de todas las faldas del servicio. Tal vez un poco de trabajo duro te enseñe algo sobre eso”. Luego de esto le dijo que fuera y trabajara como simple criado a una de las posadas de la familia que más necesitaran trabajadores, y que no volviera hasta que lo mandara llamar. Por si fuera poco, ordenó explícitamente que no lo trataran de forma especial y que le asignaran el doble de tareas que le daban a un mozo normal.

Tenía ahí ya casi tres años y desde su llegada Amis no había descansado mucho, Benjamin se preguntaba a menudo cuanto tiempo pensaba dejarlo su padre en Ragdoll. “Puede que le sirva para algo, aunque no creo que ni los mismos dioses fueran capaces de quitarle lo enamoradizo”, se dijo; y es que la verdad sea dicha: el hecho de trabajar como un asno no evitaba que flirteara en sus escasos momentos libres con las camareras, con las mucamas, con las clientas, con las cocineras... en fin, con todo ser femenino que irradiara algo de juventud y belleza. La mayor parte de ellas correspondía a sus coqueteos e inclusive una que otra iba algo más allá de ello, pero nunca pasaban de estar en su corazón más de una noche.

A muchos de sus compañeros, y al propio Benjamin, les cayó bien casi de inmediato: era muy encantador y gozaba del don de la palabra, de la elocuencia. Tenía carisma y parecía saber qué decir, el momento propicio para este o aquel comentario. Por todo ello, y dado que muchos disfrutaban con sus cuentos y con su buen humor, al poco tiempo se hizo

querer y conocer en Ragdoll.

–¿Sabes qué? –dijo Amis luego de que los dos terminaran de cenar–. ¿Qué te parece si te pago ese trago ahora mismo? Tengo en mi posesión –declaró con una sonrisa–, una buena dotación de cerveza que logré adquirir con mi arduo trabajo.

–O dicho de otra forma, se la robaste a alguien. –le contestó Ben.

–Robar, robar, lo que se dice robar... –frunció éste el ceño con una sonrisa en los labios, fingiendo que se lo pensaba a fondo– Tal vez... bueno la gané en una no tan honesta partida de dados al jefe de cocina. Los dados estaban cargados obviamente, pero eso le enseñara a dejar este vil mundo de las apuestas, todo lo hice por su bien. La dama de la fortuna es una amante imprevisible.

–Siempre pensando en los demás. Eres mi ídolo, Amis. –rió Ben con alborozo–. Lo bueno es que a ti ninguna dama se te resiste por más imprevisible que sea.

–Así es joven pupilo. Pon atención; tal vez si rezas insistentemente a los dioses y con mucha, mucha suerte, llegues a tener algo de mi pericia. Así que, ¿qué dices?

–Siempre me han dicho que tomar al lado de un hombre deshonesto trae mala suerte –contestó Ben llevándose las manos a la nuca y recargándose en el respaldo de la silla–, pero dado que en tu caso lo hiciste sólo para alejar al pobre jefe de cocina del horrible mundo de las apuestas... Estoy seguro de que se te puede perdonar.

Ragdoll era bello, a su manera. Cuando ambos salieron de la cocina y subieron a sus habitaciones, Benjamin pasó una rápida mirada por todo el bar.

El piso más grande, en el que se encontraba la taberna y la cocina, era la planta baja. Estaba construida casi en su totalidad de madera y se encontraba dividida en dos áreas: la parte al aire libre, donde se localizaban unos balcones que miraban hacia la costa, y la de el interior del recinto. La primera poseía numerosas mesas que abarcaban toda la sección exterior; el piso era de un linóleo más fino y duradero que el del interior; el techo era de pérgolas de acero pintadas de negro, tapado con numerosas plantas trepadoras que pasaban por los barandales, se subían por los soportes y se enredaban completamente entre ellas para cubrir un poco de la lluvia y dar sombra; el barandal era de madera tallada, que atraía las miradas más por la curiosidad de tomarse de él y observar la profundidad del peñasco que por su diseño; y arriba, colgadas entre el

entramado de ramas de la pérgola, habían numerosas lámparas para aluzar en las noches. El ambiente de estos balcones, la vista de las espectaculares pendientes geográficas, el sentir de la brisa del mar y el arrullador vaivén de las olas hacían de esta área la preferida por los clientes.

La zona interior era menos romántica. Lo primero que llamaba la atención al entrar a la estancia era una enorme y bella fuente, en donde el agua salía desde lo alto de ella y se deslizaba lentamente hasta un pequeño estanque al pie del monolito. Su diseño era un poco peculiar: constaba de un pulido bloque de mármol negro rectangular de unos siete pies de alto, adornado con curiosos grabados abstractos que pretendían evocar diferentes escenas de la mitología de la región. En cuanto a lo demás, en partes del techo colgaban pequeños candelabros. Abajo, amplias mesas sobre asnillas formaban varias filas por todo lo largo, y en el centro de cada una, se hallaban algunas velas de flamas pequeñas y oscilante luz.

De los otros cinco pisos superiores poco hay que decir. Todos lucían iguales: cada nivel era de madera y tenía forma rectangular, con habitaciones de diferentes tamaños en cada uno de los cuatro lados; los pasillos eran algo estrechos, rodeados por un austero barandal del mismo material que el del suelo; más allá de estos balaústres no había piso, de manera que uno se podía inclinar en ellos y ver hasta la mismísima planta inferior; la escalera principal que accedía a todos éstos niveles se encontraba justo en medio de cada piso, donde se conectaba con cada planta a través de cuatro pasos angostos delimitados por las mismas balaustradas que cercaban los pasillos; todo estaba iluminado por varias lámparas y velas, posicionadas a cierta distancia unas de otras; y, además, algunos viejos tapetes de distintos colores opacos adornaban con sus ribetes muchos de estos corredores.

Pero lo más curioso, y lo que le daba el nombre al restaurante, eran las numerosas y grotescas muñecas de trapo que miraban con aire inquisitorio clavadas desde lo alto de muchas de las vigas de madera. Eran de infinidad de tamaños y estilos, el único factor común que compartían era que todas lucían espeluznantes. Muchos clientes habían contribuido donando muñecas al establecimiento. Las menos aterradoras decoraban los techos de las habitaciones y los pasillos de las plantas superiores.

Benjamin se detuvo a apreciar por enésima vez la que se sentaba en el dintel de la puerta de su habitación. Media casi medio brazo de largo, tenía el pelo enmarañado y una gran nariz sinuosa que resaltaba su fisonomía, vestía un chaleco negro, un pantalón rojo oscuro, un gorro largo terminado en punta del mismo color y unos bonitos zapatos con hebillas y trabillas de metal.

–¿Cómo te fue hoy pequeño engendro?– exclamó Benjamin, interrogando al muñeco. La figurilla de forma humana únicamente le miró desde lo alto con la misma sonrisa maniática de siempre. Antes de abrir, Amis agregó, a su lado: –¿Los escotes de las mucamas se deben de ver muy bien desde ahí arriba eh?

–¿Ya te sabes por qué coleccionan a todas estas hermosuras? –le preguntó Ben, mientras buscaba la llave para abrir la puerta.

–¿A las mucamas? –inquirió Amis, soltando una pequeña carcajada y fingiendo no percatarse de a que se refería. Entre sus brazos sostenía una vieja vasija mediana, escasamente decorada y de una sola asa, de más o menos tres azumbres de capacidad– Bueno, también me lo pregunto a veces. Después de reflexionarlo mucho creo que la respuesta más sencilla es que se debe a esas –bajó la voz y le susurró al oído señalando al dintel– feas muñecas. Yo pienso que es para que los borrachos se la pasen admirando el cuerpo de las más bellas de nuestras compañeras y no pensando en correr por esas semejantes atrocidades. ¡Mira sus ojos! Parece como si quisiera matarme.

–Me refería a las muñecas, idiota –contestó Ben, al momento de estar abriendo la puerta de su habitación. Hizo girar la llave y movió el picaporte. Al entrar los recibieron los sutiles y conocidos olores a madera vieja y a moho, pero le eran tan familiares a ambos que casi ya ni los percibían. Ben soltó un suspiro y cerró la puerta, la bisagra rechinó un poco. Soltó las llaves, encendió una lámpara que estaba encima de la mesa, vertió el contenido de sus bolsillos en ella, se recostó en el colchón, se quitó el calzado arrojándolo al piso y se acomodó contra la pared.

Amis dejó el jarrón en el piso y se aproximó al escritorio de Ben por unos vasos.

–Que grosero eres conmigo a veces... –le increpó, llevándose una mano de manera dramática al corazón– Para ser sincero, en todos los años que llevé trabajando en este lugar pocas veces me entretuve en averiguar la razón. Y honestamente nunca me ha importado lo suficiente para preguntárselo a alguien. –confesó, luego de terminar su sobreactuado y nada creíble gesto dolido.

–Se ponen por todo el local para espantar a los malos espíritus. Según se dice, su fealdad ayuda a ahuyentarlos.

–Bueno, en lo que ha mí concierne, tu sola cara basta y sobra para eso.

–Sólo lo dices por que la envidia te corroe. –dijo Ben, riéndose.

Aunque la realidad era que Benjamin no poseía la belleza de su compañero, y a decir verdad, tendían más bien a ser opuestos: su amigo

poseía un pelo rubio y ondulado, él uno negro y lacio; uno era magro y apuesto, otro más bien rechoncho, moreno y de cara más desfavorable que agraciada; Amis actuaba osado y extrovertido con la gente, mientras que Benjamin era más bien propenso a mantenerse callado y retraído.

–Si yo tuviera una rostro como el tuyo, sabría sacarle provecho. –comentó Amis, pasándole un vaso lleno de cerveza. Luego, fue y se sentó en el suelo al otro lado de la habitación, apoyándose en la pared. El cuarto no era muy amplio, pero aun así ni la luz de la lámpara del recinto y ni el tenue brillo de la luna alcanzaba a iluminar plenamente el techo ni los extremos de la buhardilla, haciendo que tanto Benjamin como Amis se vieran los rostros entre sí sembrados de alguna que otra sombra bailarina.

–¿A sí? ¿De qué forma?

–Hay tanta gente en este lugar que cree cualquier tipo de tonterías, que apostaría mi delgado y enclenque trasero a que si les dijeras que eres un muerto regresado a la vida, te creerían. Podrías ganar algunas monedas vendiéndote como atracción, sobre todo ahora, con la cantidad de gente que está llegando por el festival.

–Ja-ja-ja, que gracioso. –le respondió Ben, riéndose con sarcasmo.

Terminaron tomando en silencio, ambos mirando las estrellas y ensimismados en sus propios pensamientos. Benjamin trataba de recordar todos los días que había pasado en Ragdoll. “Seis años ya, ¿y qué he hecho de mi vida? No tengo dinero para irme a otro lugar. Todo este tiempo y me siento igual de perdido que cuando llegue.”

–Hace siete años ¿fuiste al sanimha? ¿qué hiciste? –dijo Ben de repente. Sus palabras se escucharon un poco abatidas, apesadumbradas.

–Hace siete años... –murmuró Amis, igual de introspectivo, ignorando aparentemente el estado de ánimo de su amigo. Se tomó unos instantes para contestar. Cuando lo hizo, a diferencia de Ben, su voz se oyó igual de animada que siempre.

–La pregunta correcta es: ¿qué no hice? De entre todas las festividades de la ciudad, esa es una de las pocas en las que se permiten tantas cosas.

–empezó a contar él, jovial– Tenía quince años y salí con unos amigos todas las noches del festival, aunque algunas no las recuerdo completamente. Tomamos tanto y visitamos tantos lugares y burdeles que mi padre me reprendió como nunca antes por haber gastado todo ese dinero.... Ahora me doy cuenta de lo tontos que fuimos: a pesar de toda la seguridad, en el carnaval se corren muchos peligros, mucho mayores a

que simplemente te roben los bolsillos.

Pero como sea. –continuó– De entre todos los días el mejor fue aquella noche de las mascaradas, en la que todos tienen que andar por la calle con una. Es curioso lo que unas personas hacen cuando se ven libres de sus normas y posiciones sociales... por lo que presencie, es posible que de entre todas las chicas con las que me acosté, alguna fuera de la mismísima realeza.

Benjamin no pudo evitar entristecerse. “¿Quién lo diría? ya han pasado casi siete años”, pensó él. Sin embargo, después de tomar un largo sorbo de cerveza, aparentó alegría y dijo en su lugar: –¿Es acaso que lo único que hiciste fue fornicar?

–No, pero fue una de mis actividades favoritas. –le contestó Amis con una amplia sonrisa.

Capítulo 3

Se acerca el invierno

Con sus trece años, Benjamin estaba a casi nueve meses de la edad en la que lo obligarían a “graduarse” o, como a él le gustaba decir, lo echarían de patitas a la calle. Así que tenía hasta ese tiempo para decidir que iba a hacer o donde iba a vivir si le tocaba la muy probable mala suerte de perder el sorteo –los puestos de trabajo que ofrecían para los recientes exinternos eran escasos y tenían que rifarse entre todos–. Aunque actualmente no tenía ni la menor idea, y el miedo hacia lo que podría suceder se estaba haciendo cada vez más fuerte con el pasar de los días.

En antaño, la mayoría de los huérfanos que vivían en este orfanato tenían las esperanzas de un puesto más que seguro en algún lugar de la ciudad. Además, su único deber era aprender a leer, escribir, contar e instruirse en un oficio. Actualmente, la cosa ya no era tan sencilla: todo iba de mal a peor y el orfanato empezaba a caer en el descuido tras su anterior época de gloria. Los dueños y benefactores disminuían sus contribuciones año tras año, por lo que muchas zonas del gran edificio se habían descuidado terriblemente, llenándose de numerosos enseres rotos y niños sucios.

Ahora lo único que se les enseñaba, y eso porque era necesario, era a contar las monedas que les daban cuando realizaban un espectáculo callejero o tras pedir limosna.

Muchos aprendían a cantar, a bailar o a tocar algún instrumento –como la guitarra, el laúd o la flauta–, incluso uno que otro huérfano se enseñaba de los más entrados en años a realizar argucias de magia baratas para tratar de distraer al público. Aunque para opinión de Ben, más que funciones de música o hechicería, eran ya exhibiciones de timo y robo: mientras unos se dedicaban a distraer a los oyentes de una o diferente forma, otros tomaban la tarea de manganarles sus bolsas de dinero. Él no estaba muy orgulloso de hacer aquellas cosas, pero era eso o morir de hambre; los huérfanos eran ya demasiados y las pocas donaciones de manutención que el dueño destinaba bastaban apenas para la mitad del año, y para el resto, tenían que vérselas por ellos mismos.

Pero por mucho que a todos de vez en cuando les gustara quejarse, sobre todo cuando pasaban hambre, la verdad era que podrían estar peor, mucho peor que en otros lugares de la ciudad en donde acogían a personas como él: el viejo director del orfanato podría llegar a ser amargado, gruñón, estricto, un poco perezoso e intransigente en ciertos aspectos, pero en el fondo no era un hombre malvado ni innoble; podría obligarlos a bregar para comer, incluso él mismo llegaba a trabajar con algún grupo de vez en cuando, pero nunca había vendido a ninguna niña o niño a un prostíbulo o a otros sitios peores para ganar algo más de oro.

Benjamin empezó a percatarse de esa clase de cosas cuando alcanzó la edad suficiente.

Esa tarde, se encontraban en las calles contando las monedas que su compañera y él habían recolectado al terminar uno de esos tradicionales actos de clarividencia clandestina.

Con los años había aprendido que la gente llegaba a creer casi cualquier chapuza, por lo que desde muy pequeño se enfrascó en actos de lectura de manos, de cartas, de huesos, contacto con los recién fallecidos y cualquier cosa de ese estilo. Al principio se esforzaba y trataba de demostrar más seriedad en sus actuaciones, pero ahora el único ahínco que le daba a sus supuestas predicciones se reducía a simples tretas teatrales en las cuales cerraba los ojos, tomaba la mano de un cliente y fingía que tenía visiones del mundo de los muertos –a veces con ojos en blanco y una que otra convulsión para aumentar el dramatismo-.

Hoy especialmente habían ganado mucho, más que en otras ocasiones, por lo que a Ben no le sorprendió la exclamación de su amiga:

–¡Ben! ¡Esto es casi el triple de lo que logramos juntar en un día normal!

–Creo que es por toda la gente que llega por ese festival. Recuerdo que teníamos más o menos seis años cuando fue el último... creo –contestó, algo reflexivo.

–¡Que importa! El punto aquí es que podemos gastar incluso la mitad de este dinero en nosotros dos sin que nadie se entere. Que suerte que al final decidimos irnos por nuestra cuenta sólo nosotros dos. –Eva estaba sentada en el piso, casi brincado de felicidad, separando las monedas en dos montoncitos de similar tamaño. Se guardó uno y el otro se lo entregó a él-. Toma, guarda ese para cuando regresemos, pero este –dijo ella mientras hacía sonar con una sonrisa el resto de la calderilla en sus manos cerradas– es todo nuestro.

Y así fue como en todo lo que quedaba de la tarde correataron por el sucio y abarrotado centro de la ciudad. La semana del “Sanimha”, o “el gran festival de Lichtville” como se le conocía mejor, empezaba justo la noche siguiente y las calles estaban a reventar: había personas apuradas por doquier provenientes de muchas partes; en el aire imperaban multitud de diferentes acentos de las diversas regiones del reino; puestos de todo estilo y variedad se levantaban en las calles; grupos de jinetes y carromatos atestaban las avenidas; innumerables comerciantes levantaban la voz para anunciar sus productos al gentío, y niños, de todas

las edades, correteaban entre la muchedumbre.

Después de algún tiempo, en una fonda cercana a un pequeño templo, compraron unos grandes trozos de panceta y venado ahumados acompañados de pan fresco con mantequilla, unas chuletas de cordero, y, además, para pasar la comida, dos buenos tazones de leche endulzada con miel.

–No recuerdo la última vez que había comido tanto. –susurró Eva palpándose el vientre delicadamente, a punto de caer dormida.

–No debimos de competir por quien terminaba antes de comer, estoy que reviento. –le contestó él, igual de perezoso.

Se encontraban acostados boca arriba debajo de un pequeño, viejo y descuidado puente de piedra, en parte devorado por la diferente vida vegetal de la zona. A unos pocos metros de ellos se hallaba un riachuelo de agua helada donde se habían divertido chapoteando y enlodándose un rato antes de acostarse por una zona cercana de pasto bajo. Ben se hallaba distraído observando el verde moho y las largas enredaderas que trepaban por la edificación. El estomago lleno, la brisa salada proveniente de la costa y el tranquilizador sonido del arroyo, le arrullaban y le adormilaban al igual que ella.

En algún momento dejó de ver hacia arriba y movió la cabeza. Sus ojos medio cerrados y somnolientos terminaron mirando a la persona que roncaba leve y cómodamente a su lado. Su nombre era Eva, amiga y compañera suya del orfanato. Era delgada, casi de la misma estatura que la de él, tenía unos ojos ligeramente rasgados de un color castaño oscuro y una pecosa piel blanca. Al igual que todos llevaba su pelo muy corto, casi rapado –era costumbre del orfanato mantener el cabello de los huérfanos de esa manera por la continua amenaza de piojos y otros parásitos–. Su personalidad era muy alegre y atrevida –aunque algo ensimismada si no la conocías muy bien–, optimista, entusiasta y simpática. A Ben le encantaba precisamente eso de ella: que pareciera estar siempre linda, relajada y propensa a reírse en cualquier instante.

Desde que se cruzaran por primera vez y acabaran hablando en el patio mayor del orfanato, habían seguido conviviendo más entre ellos dos al pasar de los años. Ahora ya eran muy unidos.

Sus ojos dejaron de contemplar su rostro y pasaron a mirar la silueta de su figura. A sus trece años, los cuerpos de ambos ya habían comenzado a cambiar. En el antes busto plano de ella ahora nacían unos crecientes pechos pequeños, sus caderas eran algo más anchas y las curvas de su cuerpo tenían ya más de mujer que de niña. Al tenerla en ese momento tan cerca de él, no pudo evitar apreciarla de una manera un poco diferente. La erección que experimentó después de eso le produjo un

extraño dejo de culpabilidad.

De repente, un estrepitoso ruido de las llantas de un carruaje pasando justo arriba de ellos ocasionó que Eva pegara un brinco y se despertara de forma brusca.

–¡No te duermas! –gritó ella súbitamente, haciendo que él saliera de improvisto de su ensoñación y que casi se le parara el corazón del puro susto. Pero Eva no lo notó o no le importó, y enderezándose, le dio a Ben un leve codazo en una costilla–. El cielo está algo nublado y ya es tarde. –continuó–. Tenemos que llegar antes de que oscurezca o nos matarán.

–¡Tú ya casi me matabas! ¡No grites así! –dijo Ben, molesto.

–No seas niña. –le contestó con tono burlón–. ¡Vamos! ¡levántate! ¡No seas un vago! –exclamó. Y al ver que no se movía, lo pellizcó y lo sacudió insistentemente de los hombros.

–¡Ni pienses que me levantaré! Eres peor que estos enfadosos mosquitos. –vociferó Ben, quejumbroso. Sin embargo, a los pocos segundos bostezó, se estiró en su sitio y se sentó con modorra, apoyándose en la fría pared de piedra.

–¿Ya vez? Molestarte siempre funciona. –le dijo, alegre. Se levantó, y muy sonriente, le tendió la mano para ayudarlo a hacer lo mismo.

–Ya cállate. –le respondió éste aceptando su mano y fingiendo enfado–. ¿Y ahora? ¿Por dónde? No sé siquiera dónde estamos.

El Orfanato se encontraba en una calle muy cercana a la plaza de adoración, al otro extremo de la ciudad, por lo que tuvieron que caminar por un rato. Cuando por fin llegaron, el sol ya se estaba ocultando.

–¡Mira! –dijo Eva al tiempo que señalaba hacia arriba–. Ya están terminadas y son tan hermosas... lastima que al final las quemem.

Ante sus ojos se hallaban formadas, una al lado de la otra, cuatro grandes esculturas, muy diferentes entre sí. Estaban fabricadas de madera, chapadas en plata, bien pintadas y adornadas con telas, joyas y diversos otros ornamentos. Median cerca doce varas de alto con todo y base.

Benjamin las reconoció casi al instante. Cada una encarnaba a un dios mayor.

La primera de ellas, la del extremo izquierdo, se trataba de la diosa Tara, "la gran madre". Simbolizaba la primavera, la vida, el amor y el nacimiento. Se le representaba como una hermosa mujer de piel blanca y largos mechones de enredaderas por pelo. Llevaba como corona una tiara de flores y vestía una amplia y bella túnica de todos los colores del arcoíris. A la derecha de ella se hallaba el joven y atractivo dios Athi, dios del verano, la guerra, la ira y la mocedad. Estaba ataviado con una imponente armadura de cuerpo completo, con un enorme escudo en una mano y una larga espada en la otra. Al lado de él se erigía la tercer deidad: Noba, el padre; dios del otoño, del conocimiento, la circunspección y la adultez. Su cuerpo se parecía al de una persona muy robusta, y su rostro, a su vez, se asemejaba al de un hombre maduro y canoso, de barba y bigotes poblados. Su ropa era la más sencilla: la de un corriente artesano de la ciudad. Todas eran preciosas a su manera, a excepción de la última escultura, a la que a Benjamin siempre le había dado escalofríos.

Amahin, señor del inframundo, dios del invierno, la vejez, las ciencias ocultas y la muerte. Era su deber juzgar y acarrear las almas de los recién fallecidos a su correspondiente lugar de descanso o tortura eterna. Su figura era la de un esqueleto humano envuelto en un gran hábito de negro azabache. Sus manos de hueso estaban delante de él, posadas en un sinuoso y vetusto bastón de madera. La capucha cubría casi toda su cabeza, pero aun así se lograba entre ver los dientes descubiertos y las amplias cuencas vacías de sus ojos.

De todas era la deidad que menos plegarias recibía; nadie se atrevía a invocar la presencia de la muerte, pero, al mismo tiempo, era la más temida y respetada.

–Vámonos, ha comenzado a llover. –dijo Eva, luego de unos minutos, cuando se cansó de mirar.

Se movieron y comenzaron a caminar nuevamente, en silencio y juntos bajo la fresca llovizna. Benjamin se percató de que en los últimos días había comenzado a llover menos y ha hacer cada vez más frío, "Se acerca el invierno", pensó.

Estaban girando hacia la calle donde se localizaba el orfanato, cuando Benjamin se dio cuenta de algo muy curioso: justo antes de virar pudo ver al final de la otra esquina la figura de una persona que lo miraba. La habría pasado completamente por alto de no ser por su extrema languidez y su horrible ropa roída y hecha jirones. No pudo evitar la curiosidad y se detuvo a observarla. Era una mujer, o eso creyó, llevaba al cuerpo una delgada túnica igual de blanca que su piel marmórea, su pelo era de un rubio muy claro y parecía exageradamente vieja y decrepita.

–¿Qué pasa? –preguntó Eva al darse cuenta de que no la seguía.

Benjamin parpadeó, consternado: la mujer que había creído ver, ahora no era más que una simple moza que se esforzaba por transportar un pesado cántaro con agua.

–Nada.

Siguieron andando.